Volver a amar

leticia zampedri

Capítulo 1

Capítulo I

Me desperté con el sonido de la alarma sonando en la mesa de luz del lado de mi marido. Sin ser capaz de abrir los ojos en totalidad, giré mi cuerpo y entreabrí los párpados aun pesados a causa del sueño. Lo primero que vi fue su espalda desnuda.

Marcelo estaba sentado al borde de la cama intentando acomodarse a la claridad de la mañana que se colaba por los bordes de las pesadas cortinas de raso bordo de nuestra habitación. Lo observé en silencio durante algunos segundos. A sus cuarenta años, seguía siendo un hombre muy apuesto. Sus músculos aún estaban tonificados y su cabello parecía inmune al paso del tiempo. Me abracé a la almohada y contemplé sus pies moverse a través del piso alfombrado con dirección al baño mientras me debatía entre mis ganas de seguir acostada y mi deseo por sumarse a su baño matutino.

Cuando escuché el sonido de la ducha, aparté las sábanas de mi cuerpo y seguí el mismo recorrido que él había realizado algunos segundos atrás. Abrí la puerta del baño e, inmediatamente, el aroma a su gel de baño me perforó las fosas nasales. Lo inhalé profundo y dejé caer el camisón de seda que utilizaba para dormir. Luego, abrí la mampara de la ducha y dejé que las gotas de agua tibia salpicaran mi cuerpo desnudo.

Al notar mi presencia, Marcelo se dio vuelta y me observó desde abajo del chorro de agua. Si ninguna pisca de vacilación, me acerqué a él y lo tomé por la cintura para luego ponerme en puntas de pie y darle un corto beso en los labios.

—Buenos días — lo saludé.

Pareció confundido al principio, pero luego se reincorporó y apartó el agua que caía sobre sus alargadas pestañas negras. —Buen día.

Levanté una mano y dibujé un camino a lo largo de su torso desnudo que aún seguía igual de firme como siempre, pero antes de llegar a su cuello, tomó mi brazo y me detuvo.

Lo miré confundida y no pude evitar sentir una punzada de dolor ante su rechazo. —Julia, tengo que ir a trabajar.

No quería comenzar nuestro día con ningún reclamo injustificado, así que solo asentí y me hice a un costado para permitirle salir de la ducha. Una vez que el sonido de la puerta cerrándose llegó a mis oídos, me sumergí bajo el grifo abierto e intenté que el agua barriese todas las dudas que

habían comenzado a surgir en mi mente.

Después de bañarme, junté las toallas húmedas y me puse ropa cómoda para luego bajar a la cocina y preparar el desayuno. Todo siempre se veía mejor luego de una taza de café.

Cuando llegué al borde de las escaleras, Marcelo ya estaba parado frente a la puerta abierta con el portafolio en una mano y el teléfono en la otra.

—¿Ya te vas? —le consulté decepcionada de no poder compartir nuestro desayuno juntos.

—Sí, tengo unos papeles importantes que terminar.

—Está bien. Hoy tengo que salir a hacer algunas compras —deslicé, intentado encontrar algún detalle en su expresión que me indicase que se acordaba de que sería nuestro aniversario de casados este fin de semana y que estaba organizando una pequeña celebración íntima en casa.

Asintió, pero su expresión no se modificó. — ¿Necesitás que te deje dinero?

Negué. —No te preocupes. Aún tengo saldo en la tarjeta.

Volvió a asentir, miró su celular y luego dirigió su mirada a mí. —Bueno, nos vemos a la noche.

—Nos vemos —le respondí y comencé a caminar en su dirección para saludarlo con un beso, pero ya había cerrado la puerta tras de sí.

Como aun era temprano, nuestro pequeño hijo, Joaquín, dormía así que decidí aprovechar el tiempo para ordenar la casa. Corrí las cortinas de la sala y abrí las ventanas para permitir que el aire fresco de la mañana ventilase el ambiente.

La sala de nuestra casa daba al patio trasero de nuestra vecina, con quien había entablado una cálida amistad.

María era una mujer de sesenta y tanto de años, soltera y muy adinerada a quien le encantaba cotillear sobre la vida de los demás. Nunca había podido descubrir cómo, pero jamás se le escapaba ningún detalle de lo que ocurriese en el vecindario y no dudaba en comentarlo a viva voz, por eso las demás mujeres de la cuadra solían evitarla. María era esa clase de mujeres que uno prefiere tener lejos, sin embargo, le había tomado afecto. Una vez que llegabas a conocerla, era realmente agradable.

Me sorprendí al escuchar el sonido de la música saliendo de su casa. Se suponía que no regresaría de sus vacaciones hasta terminado el verano.

Asomé un poco más el cabeza justo cuando la puerta de vidrio de su casa se abría. Tal vez, había vuelto antes. Sonreí, lista para saludarla, pero en lugar de mi vecina, unas piernas velludas y tonificadas pisaron las baldosas grises de la galería.

Tuve que reprimir un jadeo. Un hombre se había asomado en su lugar.

Era la primera vez que veía a una persona de género masculino en su casa. No me imaginaba a María como una señora que tuviese algún amante de turno, pero tampoco recordada que me hubiese mencionado tener algún sobrino.

Por su aspecto, el hombre debía tener alrededor de treinta años y era muy, muy apuesto. De cabello castaño oscuro, con una insipiente barba que ennegrecía su tez blanca, parecía un adonis. Era alto y ridículamente tonificado de los pies a la cabeza.

Realmente era la clase de hombres que una mujer como María elegiría como amante, pensé mientras mis ojos no dejaban de contemplar su musculosa figura apenas cubierta por una toalla blanca.

Sin percatarse de mi presencia, el hombre se quitó las ojotas y estiró los brazos para desperezarse. Luego, caminó unos pasos hacia la piscina y, sin preocuparse por el resto del mundo, arrojó la toalla que lo cubría al piso para quedar totalmente desnudo.

¡Oh por Dios! Llevé ambas manos a mi boca para evitar lanzar un quejido. El tamaño de su miembro viril concordaba con el tamaño de su cuerpo, pensé mientras sentía como el calor subía por mis mejillas.

Finalmente, se arrojó al agua cristalina para comenzar a nadar como si arrojarse desnudo a una pileta a las ocho de la mañana fuese lo más natural del mundo para él.

María era una mujer con suerte. Ese hombre debía ser un semental en la cama, pensé sintiendo una fuerte punzada de deseo en mi bajo vientre. Avergonzada por mi pensamiento, cerré la ventana con fuerza y corrí las cortinas. No quería que mi hijo se levantara y lo primero que viese fuera al amante de nuestra vecina nadando desnudo en su pileta.

El resto de la mañana continuó sin alteraciones a la rutina diaria que ya tenía establecida desde que habían comenzado las vacaciones de la escuela: terminé de planchar la ropa y preparé el almuerzo para mi hijo y para mí mientras algún programa de chimentos hacía barullo en la televisión.

Durante el resto del año, solía acostarme a dormir una pequeña siesta después de lavar los platos, pero las vacaciones no son amigas de las

siestas y los chicos mucho menos. No importaba que lo levantara temprano en un intento desesperado porque estuviese lo suficientemente cansado para acostarse a dormir conmigo, mi estrategia no parecía estar haciendo efecto, así que me pasaba las horas de la tarde mirando alguna novela dramática mientras terminaba alguno de mis cuadros.

Esta tarde, sin embargo, el verano argentino había comenzado a aumentar su temperatura mucho más de lo habitual y me estaba costando encontrar la inspiración necesaria para tomar el pincel y comenzar a dibujar sobre el lienzo, sobre todo porque lo único que mi mente parecía querer proyectar era el miembro viril del amante de María.

Aumenté el ritmo del ventilador y sacudí una revista frente a mi rostro. Claro que podría prender el aire acondicionado, pero no quería arriesgarme a que la boleta de luz aumentara sus cifras más de lo que tenía calculado en el presupuesto mensual de las cuentas a pagar. Si bien Marcelo me había asegurado que no necesitaba preocuparme por los gastos mensuales, no me parecía justo desperdiciar el dinero en un lujo que podría evitar. Así de metódica era en muchos sentidos.

Me sequé la transpiración de la frente y decidí que debía hacer algo más productivo que sentarme frente a un lienzo en blanco imaginándome las posiciones sexuales que el amante de María sería capaz de realizar, así que me dirigí al garaje en busca de la cortadora de pasto y de un rastrillo.

Una vez en el patio, conecté la manguera y comencé a llenar la pequeña pileta inflable con agua para que Joaquín jugara mientras me disponía a cortar el césped.

Preparé una limonada bien fría, le coloqué el traje de baño a mi niño y los dos nos dirigimos al jardín trasero. Me puse un sombrero amplio para evitar que el sol me golpease la cabeza y comencé a pasar la maquina a lo largo del terreno, rodeando los canteros con flores. Por lo general, Marcelo era el encargado de podar el césped, pero últimamente tenía demasiado trabajo y no tenía tiempo para dedicarse a ayudarme con los quehaceres de la casa.

Mientras empujaba la máquina, me detuve un segundo para mirar a mi alrededor. El patio se extendía verde y florido y los árboles que habíamos plantado ya habían comenzado a brindar una amplia y reconfortante sombra sobre la pileta donde mi hijo se estaba bañando. No pude evitar pensar en cómo las circunstancias de la vida podían cambiar en tan poco tiempo.

Algunos años atrás, Marcelo y yo vivíamos en un pequeño departamento de dos ambientes y éramos solo dos universitarios enamorados intentando llevar una vida feliz mientras contábamos las monedas para poder pagar

la factura de la luz a fin de mes. Nos habíamos casado al poco tiempo de terminar la universidad, así que éramos jóvenes e inexpertos, pero ciertamente nos amábamos.

Yo me recibí de maestra jardinera y conseguí trabajo en una guardería privada. Si bien el sueldo era escaso y cuidar a casi veinte niños de entre uno y tres años era realmente agotador, me sentía feliz. Cada vez que uno de ellos me rodeaba el cuello con sus pequeños brazos antes de entrar a la salita, mi pecho desbordaba de satisfacción. Era tan gratificante ver sus caritas inocentes y sus tiernas sonrisas que al poco tiempo mi reloj biológico se despertó y comencé a desear tener mis propios hijos a quienes abrazar y cuidar.

Entonces, el destino pareció confabularse con mi deseo, porque Marcelo fue ascendido como supervisor en la empresa de ventas de insumos tecnológicos en la que trabajaba y nos comenzó a ir bien económicamente, así que decidimos que era hora de comenzar nuestra propia familia.

Sin ninguna pizca de vacilación, puedo decir que el día más feliz de mi vida fue cuando el test de embarazo marcó las dos rayas azules después de siete de meses de buscarlo sin éxito. El baño del departamento que alquilábamos era pequeño e incómodo, pero de pronto se volvió el mejor lugar del mundo. Nos sentámos en el piso frío de cerámica azul y nos abrazamos mientras lágrimas de felicidad bañaban nuestras mejillas.

Aún recuerdo cada detalle de la primera vez que escuchamos el latido de su pequeño corazón en la ecografía. Marcelo me tomó con fuerza de la mano y ambos nos sonreímos con el corazón desbordado de amor y felicidad mientras observábamos en la pantalla nuestro pequeño milagro.

Algunos meses más tarde nació Joaquín Sebastián Martínez y nuestra vida cambió para siempre. Cada noche nos acurrucábamos junto a nuestro bebé y los observábamos dormir, como su su pequeño rostro adormecido fuese la obra de arte más perfecta de todo el universo.

Nuestros primeros meses como padres habían sido un caos de constante aprendizaje mientras lidiábamos con las horas de llanto nocturno, los pañales sucios y los cólicos del bebé, pero sin duda nuestro vínculo de había fortalecido y mi amor por Marcelo se multiplicaba con cada unos de sus gestos como cuando lo veía controlar que los pañales estuviesen dentro del bolso antes de llevarlo a la guardería o cuando miraba la fecha de vencimiento del gel para calmar el dolor de sus primeros dientes.

A los pocos meses del cumpleaños número dos de Joaquín, el jefe de Marcelo renunció porque había decidido mudarse a España donde su único hijo se encontraba viviendo desde hacía varios años y él fue elegido para

ocupar ese lugar.

Ese ascenso significó todo para nosotros. Nuestros ingresos mejoraron considerablemente y pronto pudimos acceder a un crédito hipotecario. Así compramos las casa donde vivíamos ahora. Si bien no era lujosa, era cómoda y tenía un lindo y amplio jardín. Además, estaba ubicada en un barrio tranquilo y alejado del centro de la ciudad, un lugar ideal para que nuestro hijo creciera.

Sacudí la cabeza para apartar la nostalgia que amenazaba con oprimirme el pecho y continué con mi tarea. Entre la risa de mi hijo que jugaba a saltar dentro de la pileta y la música de fondo que había encendido para hacer la actividad más amena, pasaron dos horas y cuando el reloj marcó las tres y media, me apresuré a guardar los elementos que había utilizado y a prepararme para salir.

Después de dejar a Joaquín en el club, comencé el recorrido que tenía diagramado en mi mente siguiendo el mapa de los lugares que debía visitar antes de volver a retiralo.

En primer lugar, pasé por la verdulería. Quería que Joaquín incorporase más verduras en su dieta, así que me había vuelto bastante creativa a la hora de preparar nuestros almuerzos y siempre necesitaba una gran variedad de productos. Después, fui a la lavandería a retirar las camisas de Marcelo. Mi madre solía decirme que estaba tirando el dinero, pero la realidad era que nunca había logrado que la tela quedase perfectamente planchada y no me gustaba ver a mi marido irse a trabajar con el cuello arrugado, así que para mí no era malgastar el dinero, sino una forma de brindar amor. Quien lo viese diría que en su casa él tenía una esposa que lo quería lo suficiente como para preocuparse porque su ropa estuviesen bien alisadas y eso me enorgullecía.

Acomodé cuidadosamente las camisas en el asiento trasero de la camioneta, encendí el motor y volví a iniciar mi recorrido.

Lo siguiente en la lista era el supermercado, pero mientras me dirigía hacia mi destino no podía evitar sentir que me había olvidado de anotar algo. Manejé tres cuadras y me detuve en la luz roja del semáforo frustrada al no poder recordar qué era. Saqué el celular de la cartera que estaba ubicada en el asiento del copiloto atrapada entre las bolsas de las compras y revisé las notas que había hecho en el calendario. No tenía nada más. La lista finalizaba en la vinoteca, donde debía comprar un vino blanco y otro tinto.

Me mordí el labio inferior en un intento por ahogar una maldición. Se suponía que esta aplicación para anotar recordatorios me iba a ayudar a no ser tan despistada, pero no estaba funcionando. En el pasado solía anotar los mandados en pequeños papelitos que luego arrojaba en algún

lugar dentro de mi bolso y si bien tardaba más de quince minutos en reunirlos a todos, la mayoría de las veces encontraba lo que me faltaba arrollado en el fondo junto con el lápiz labial, pero cuatro semanas atrás había sido mi cumpleaños y Marcelo me había regalado este nuevo celular. Era un Smartphone de los más modernos, pero el único uso productivo que le había encontrado, aparte de la posibilidad de mandar mensajes de audio por WhatsApp, era la aplicación para anotar mis quehaceres de manera más organizada. Sin embargo, no me estaba dando resultado. Seguía prefiriendo mi antigua forma de recordatorio.

En el pasado, Marcelo me hubiese regalado algún ramo de flores que le habría comprado a algún vendedor callejero, pero desde que había conseguido el puesto de gerente en la sede central de la compañía, pudimos comenzar a darnos ciertos lujos que antes hubiesen sido impensables. En primer lugar, el aumento de sueldo de su nueva posición, me permitió renunciar a mi trabajo para poder quedarme en casa y dedicarme a cuidar a nuestro hijo como siempre había deseado. Nunca me había sentido cómoda dejando a Joaquín en la guardería, así que cuando Marcelo me lo propuso no vacilé ningún segundo.

Mis días en ese entonces eran bastante agitados. Con un niño pequeño y una casa que mantener, no tenía mucho tiempo libre y siempre me encontraba ocupada, sin embargo, cuando Joaquín comenzó primer grado, mi rutina cambió. De un día para otro, me encontré sola durante la mayor parte del día.

Al principio, busqué todas las maneras de mantenerme ocupada en la casa—comencé el gimnasio, limpié la casa hasta dejarla reluciente y transformé el patio trasero hasta convertirlo en un hermoso jardín lleno de rosas, lirios y hortensias—pero al poco tiempo comencé a sentir que no era suficiente y tuve la necesidad de contribuir. Realmente había disfrutado de mis días como ama de casa, pero extrañaba tener mi propio dinero y esa sensación de independencia económica, aunque Marcelo no estuvo de acuerdo con mi idea.

—No necesitás volver a trabajar, Julia— me había dicho, casi ofendido. —Puedo mantener a nuestra familia y te puedo dar todo lo que necesitás y todo lo que querés también.

—No es por eso y lo sabés — Traté de explicarle—Yo, simplemente, necesito hacer algo durante mis ratos libre. Necesito volver a encontrarme conmigo misma. Pasé los últimos años ocupándome de Joaquín y de vos, y los amo un montón, pero necesito hacer algo por mí.

—¿Por qué no colaborás con la protectora de animales del barrio? Nuestra vecina me comentó que necesitan ayuda — me preguntó.

Exhalé profundo porque no quería iniciar una gran discusión de este asunto. —Le tengo alergia a los gatos y no me gustan los perros—le recordé.

Marcelo dejó escapar un suspiro de frustración y cambió la página del diario deportivo que estaba leyendo. —Ah, cierto.

Decidí no volver a tocar el tema y opté por desempolvar mi viejo baúl lleno de pinceles, paletas de mezclas y algunas pinturas secas y comencé a pintar cuadros. En la escuela, nunca me había ido bien en matemática, ni en música y tampoco en educación física, pero siempre había sobresalido en arte. La posibilidad de poder capturar una imagen y retratarla con mis manos me fascinó y pronto me encontré a mí misma pintando paisajes, objetos y lugares. Me di cuenta de que tenía buena mano para esto, asi que comencé a subir mis trabajos a internet y después de un tiempo, el boca a boca se fue corriendo entre mis amigas y vecinas del barrio.

No me iba a volver millonaria vendiendo cuadros, pero muchas personas compraban mis obras y eso me mantenía bastante ocupada. Lo mejor de todo fue que, después de tanto tiempo, volví a sentirme a gusto conmigo misma.

A su manera, Marcelo me apoyaba e intentaba mostrarse contento cada vez que le mostraba un nuevo cuadro terminado, pero por dentro, sabía que él pensaba que mi nuevo emprendimiento era solo un estúpido pasatiempo. De todas maneras, tenía la casa repleta de hermosos cuadros e incluso de retratos de mi hijo.

La semana anterior había terminado un cuadro de Joaquín. Lo había pintado en el medio de un campo con caballos a su alrededor y el resultado me había gustado tanto que pensé en llevarlo a enmarcar para ponerlo en una de las paredes de la sala.

¡Claro! Eso era. ¡Al fin me había acordado! Tenía que pasar a buscar el cuadro terminado, así que, antes de volver a olvidarme, tomé mi celular de nuevo y lo agregué a mi lista de actividades.

Volví a encender la camioneta y me dirigí a pagar la cuota de spinning. Estaba casi último en mi lista, pero me quedaba de cruce así que tenía la esperanza de ahorrar un poco de tiempo. Miré el reloj y me sorprendí al ver que ya eran casi las cinco de la tarde. ¿A dónde se había ido la hora? Apenas tenía una hora para terminar de hacer todo y pasar a buscar a Joaquín.

Llegué al supermercado y comencé a caminar con rapidez a lo largo de las góndolas en busca de los productos que tenía anotado. Pensaba sorprender a Marcelo con mi especialidad: peceto relleno con salsa de

crema. Era su plato favorito y hacia bastante tiempo que no lo preparaba, así que sería un buen agazajo.

Cuando salí del negocio, me tomé unos segundos para relajarme. Me senté dentro del vehículo, puse un poco de música y saqué mi celular para ver si Marcelo me había mandado algún mensaje. Como él pasaba muchas horas fuera de casa, habíamos adquirido la costumbre de mensajearnos a lo largo de nuestro día —nos mandábamos chistes tontos, fotos de Joaquín o algún mensaje cachondo—, sin embargo, el buzón de mensajes de Whatsapp estaba en cero. Bajé el volumen de la música y le envié un audio.

«Cariño, ¿Cómo estás? Recién salí del súper y ya me estoy por ir a buscar a Joa al club. ¿Necesitás que te compre algo mientras ando por la calle?»

Esperé algunos minutos en la camioneta para ver si me respondía mientras cambiaba las estaciones de radio en busca de alguna emisora que trasmitiese un poco de música tranquila, pero no lo hizo. Fruncí el ceño al notar que había visto el mensaje, pero que no contestó. Sacudí la cabeza e intenté restarle importancia. A veces, tenía reuniones durante la tarde y sería grosero que contestase mensajes estando reunido con los clientes.

Si de verdad necesitaba algo, me iba a responder, pensé.

Todavía me quedaban cuarenta minutos antes de tener que pasar a buscar a Joaquín por la colonia de vacaciones del club del barrio, así que hice una parada rápida para buscar el cuadro enmarcado y, luego, fui a la vinoteca. Compré dos botellas de vino y un champan y salí feliz pensando en que al fin podría utilizar el par de copas que Natalia, mi amiga, me había regalado para mi cumpleaños.

Coloqué la bolsa en la parte de atrás y me acomodé en el asiento. Después de colocarme el cinturón, volví a revisar el celular para ver si había algún mensaje de Marcelo, pero no. Tenía mucho trabajo últimamente y casi no se ponía en contacto conmigo. Nos veíamos poco y ya comenzaba a extrañar compartir más tiempo con él, pero tenía la esperanza de que pudiésemos pasar el fin de semana solos. Mi mamá se había ofrecido a llevar a Joaquín a su casa, así que podríamos pasar nuestro aniversario más relajados.

Conduje deprisa hasta mi próximo destino sonriendo ante la idea de pasar por alguna tienda de lencería si lograba escaparme por algunos minutos el sábado por la mañana. Podría sorprender a Marcelo con algo especial.

Sí, eso iba a hacer. Subí el volumen de la radio y comencé a cantar al

ritmo de la música mientras doblaba en dirección al club.

Estacioné en la vereda del frente y me crucé hasta el kiosco para comprar una botella de agua saborizada. Luego, me senté en la camioneta de nuevo, con la ventanilla levantada y la música y el aire acondicionado prendidos. Necesitaba despejar mi mente mientras esperaba que mi hijo se asomase por el enorme portón de madera.

Solté un suspiro hondo. Era agotador. Por suerte, este verano había podido conseguir cupo en la colonia de vacaciones en el club en donde Joaquín jugaba al futbol así que lograba mantenerlo ocupado durante las interminables tardes de verano. Este año, no íbamos a poder ir de vacaciones aninguna parte porque el trabajo de Marcelo no se lo permitía. Estaban en el medio de unas negociaciones importantes y no podía tomarse un descanso sino hasta fines de marzo. Para ese entonces, Joa ya estaría en la escuela.

Por otro lado, mi hermano y su mujer se habían ofrecido a llevar a Joa durante una semana a su casa en el campo en febrero, así que, si todo salía bien, Marcelo y yo íbamos a tener unos días para estar solos en casa y reecontrarnos. Odiaba tener que admitirlo, pero, aunque lo amaba con toda mi alma, no me había estado sintiendo muy satisfecha con el rumbo que había tomado nuestro matrimonio durante las últimas semanas. ¿O habían sido meses? Era difícil señalar con exactitud cuándo comencé a sentirme de esta forma, pero estaba segura de que una vez que ambos pudiésemos escaparnos de la monotonía del trabajo y la rutina diaria todo volvería a la normalidad. Volveríamos a ser Marcelo y yo, como siempre había sido.

Estábamos viviendo una de las etapas mesetas que todo matrimonio atraviesa. Durante los primeros años, habíamos sido muy creativos y expresivos a la hora de demostrar nuestro amor. Sin embargo, una vez que los años fueron pasando y que los compromisos de Marcelo se fueron haciendo cada vez más demandantes, nuestro matrimonio se había convertido en algo ordinario, atado a la costumbre.

Solté un suspiro al darme cuenta de que no recordaba cuando había sido la última vez que ambos habíamos disfrutado de una noche de películas como lo hacíamos cuando Joaquín era pequeño. Nunca lográbamos ponernos de acuerdo en cuanto al género, pero siempre lo dejaba elegir a él. Al fin de cuentas, ¿qué importaba la película cuando ambos podíamos abrazarnos juntos en el sofá y comer pochoclos y tomar cerveza?

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de mi celular. Lo agarré con la esperanza de ver un mensaje de Marcelo, pero solo era Natalia que me pedía más detalles acerca del miembro del amante de la

vecina y me rogaba que le enviase una foto.

Por supuesto que no había podido suprimir la tentación de comentarle a mi grupo de amigas al respecto. ¡Era un chisme demasiado jugoso!

Me mordí el labio inferior, sonriendo ante el recuerdo y le contesté con un emoji de berenjena.

Aunque ya no vivía en el barrio de mi adolescencia y los caminos de la vida nos habían conducido por diferentes senderos aún seguía siendo amiga de las mismas chicas que había conocido en la secundaria. Natalia y Agustina. Eran incondicionales.

De las tres, yo era la única que estaba casada. Natalia huía del compromiso como si fuese la peste misma y Agustina se había separado de su segundo novio oficial hacía un par de meses. Si bien siempre nos manteníamos en contacto en el chat del grupo, hacía un montón de tiempo que no las veía en persona. Ellas solían reunirse y salir bastante seguido, pero yo casi siempre quedaba fuera de los planes porque no lograba conseguir niñera o porque Joaquín jugaba algún partido importante el domingo. No solía pensar en las cosas que dejaba de lado a causa de las responsabilidades que implican la familia y los hijos, pero extrañaba quedarme hasta la madrugada tomando cervezas con ellas mientras charlábamos de cosas sin importancia o criticando a la nueva novia de algún ex.

Un movimiento a mi derecha llamó mi atención. La puerta de madera se abrió y mi nenito asomó detrás de ella junto con todo su grupo de amigos. Me bajé del vehículo y me dirigí hasta su lugar.

—¡Mami! —gritó y salió corriendo a mi encuentro.

—Hola, cariño, ¿te divertiste? —pregunté, tomándolo de la mano para cruzar la calle. Joa asintió y comenzó a contarme detalle de todas las actividades que habían realizado esa tarde.

Después de colocarle el cinturón de seguridad, ambos nos dirigimos, finalmente, a casa.

Cuando estacioné dentro del garaje, le pedí que entrara primero mientras que yo llevaba las bolsas con las compras del supermercado. Luego, le preparé una merienda rápida y le pedí que mirase dibujitos hasta que terminase de guardar la mercadería en el lugar.

Una vez que terminé, me cambié los zapatos de taco alto y el vestido por unas zapatillas cómodas y un par de calzas deportivas e invité a Joa a salir a andar en bicicleta. Era una tarde hermosa y no quería que permaneciera encerrado frente a la televisión. Ya tendría tiempo de

contaminar su cerebro durante la hora de la cena. Por suerte, aceptó contento y en cinco minutos lo tenía alistado frente a su bicicleta para salir a dar un paseo por el parque.

Vivíamos cerca de una gran zona de espacio verde de varias hectáreas de extensión, con senderos para las bicicletas, muchos árboles y un hermoso jardín de rosas en el centro que emanaban un delicioso aroma dulzón y disimulaba el olor humo y contaminación de la ciudad. Era como un oasis de aire puro y recreación en el medio de tanto asfalto.

Una hora después, volvimos a casa y comenzamos con la rutina del baño. Joaquín tenía su propio baño en la habitación así que solo tuve que preparar su ropa y pedirle que no se demorase demasiado tiempo en la bañera.

Cuando bajé las escaleras, revisé mi celular para mirar la hora y ver si Marcelo me había mandado algún mensaje o algo, pero nada. Comencé a preparar la cena mientras intentaba acallar la preocupación en mi mente. Cociné unas hamburguesas con queso y puré de papa para Joaquín y coloqué un pollo en el horno para nosotros.

Por lo general, Marcelo llegaba a casa cerca de las nueve y me ayudaba a acostar a Joaquín. Luego, cenábamos juntos, pero si le surgía algún otro compromiso, me avisaba y yo comía sin esperarlo. Revisé mis mensajes a las nueve, nueve y media, diez menos cuarto y a las diez...y nada.

—¿Dónde está mi papá? —me preguntó mi hijo mientras le colocaba la parte superior de su pijama de Dragon Ball Z.

—Está trabajando —le dije, retirando las sábanas para que pudiese acostarse.

—¿A qué hora va a venir? —insistió.

Me senté al borde de su cama e hice una pausa antes de hablar. —No estoy segura —le dije—, pero no va a demorar mucho, y si cuando llega ya estás dormido, igual va a venir a verte.

Joaquín pareció a estar a gusto con mi respuesta y se acomodó para dormir. Acaricié su cabeza y besé su frente antes de bajar.

Me serví una gran copa de vino y me senté en la mesa del comedor. Tomé tres respiraciones controladas y saqué mi celular para llamar a mi marido. Marqué su número, pero me salió el contestador. Esperé unos segundos y volví a marcar. Un tono, dos... contestador.

¡Mierda! ¿Y si le había pasado algo? Volví a marcar y esta vez contestó.

—¿Hola?

—¡Al fin me atendiste! ¿Dónde estás? —le reclamé —Joaquín ya se durmió y yo ya tengo lista la cena.

—¡La puta madre! —dijo —No me di cuenta que ya era tan tarde. Estuve haciendo algunas cosas en la oficina y tenía mi celular en silencio en el bolsillo del saco. Sentí que estaba vibrando en la silla cuando llamaste. Ya voy.

No alcancé a decirle nada más porque ya me había cortado. Permanecí inmóvil mirando la pantalla del celular durante varios minutos intentando ordenar el curso que habían tomado mis pensamientos. No sabía por qué, pero tenía un extraño presentimiento.

Marcelo nunca dejaba el celular en silencio y mucho menos lo dejaba abandonado dentro del bolsillo de su saco. Siempre lo tenía a un costado, incluso cuando cenábamos. Definitivamente, algo andaba mal. ¿Qué estaba pasando? El miedo me consumió, pero sacudí la cabeza intentando alejarlo. No iba a hacer presunciones apresuradas. Conocía a Marcelo. No me ocultaría nada.

Lo amaba desde que tenía diecinueve y llevábamos juntos desde el segundo año de la universidad. Marcelo era del interior, pero se había mudado a Buenos Aires para estudiar. Nos habíamos conocido por un amigo en común y luego de un año de noviazgo, nos mudamos juntos y nos casamos tres años después. Compartimos llantos, risas, miedos y alegrías. Teníamos mucha historia entre nosotros y habíamos atravesado por muchas cosas en el medio. Él no me mentiría y yo tampoco.

Eso era lo que más apreciaba de nuestra relación. Éramos sinceros el uno con el otro. Hablábamos de todo. Últimamente, no compartíamos tanto tiempo como en el pasado, pero si estaba ocurriendo algo, él me lo habría dicho en algún momento. Tal vez, podría hablar con mi hermano y pedirle que se llevara a Joaquín antes, así Marcelo y yo podríamos improvisar alguna escapada de fin de semana para intentar reconectarnos. Iba a funcionar. Una tonta crisis no iba a poder con nosotros.

Pero, aun así, me sentía inquieta. Vacié mi copa de vino y me volví a servir. Jugué con el celular entre mis dedos hasta que por fin me decidí y llamé a Natalia.

—Julia que raro que me llames a esta hora. ¿Pasó algo? —El tono de voz de mi amiga reflejaba preocupación y de inmediato me sentí mal por

molestarla.

—No, no pasó nada—La tranquilicé —Solo necesitaba hablar con alguien para despejarme. Anduve a las corridas todo el día y necesitaba desconectarme un poco.

—Bueno, llamaste justo a tiempo. Agustina está por venir a casa junto con Micaela y luego teníamos ganas de salir a tomar algo, ¿te querés sumar?

—Mmm, supongo que puedo dejar al perro a cargo de Joaquín—bromeé, pero en el fondo me sentía abrumada.

—¿Marcelo aun no volvió?

Solté un suspiro de cansancio. —No, aún no.

—Bueno, pero aún es temprano. Cuando llegue, vení. Te va a hacer bien. Prometo que no dejaré que tomes de más.

De verdad tenía ganas de ir. Además, podría darme una larga y relajante ducha, ponerme uno de los vestidos que me había comprado y que nunca había usado, maquillarme, arreglarme el cabello y sentirme hermosa de nuevo después de mucho tiempo.

Podría esperar en la puerta a que Marcelo llegase y dejarlo solo a cargo de nuestro hijo, pero estaba segura de que eso no mejoraría las cosas. Necesitábamos volver a conectar de alguna u otra forma. Tal vez, podríamos buscar alguna de sus tontas películas de acción en Netflix y luego mirarla juntos como en los viejos tiempo. Incluso, podríamos tener el descaro de tener sexo en el sofá. No recordaba la última vez que habíamos hecho algo así.

—Esta vez no voy a poder, Nati. Estoy demasiado cansada, pero gracias.

—Está bien —dijo, con tono desilusionado —. Pero si cambias de idea, mandáme un mensaje y te voy a buscar.

—Si llego a cambiar de idea, te llamo —le aseguré —. Pásenla lindo.

—Claro que sí. Tal vez, esta noche tengo suerte y consigo algún caballero que me acompañe a casa... alguien que se parezca al amante de tu vecina—bromeó y tuve que reír ante su cometario.

Ambas cortamos la llamada y me paré para dirigirme al sofá de la sala con la botella de vino en una mano y la copa en la otra.

Capítulo 2

Capítulo II

Marcelo llegó a casa una hora después de nuestra llamada. Se disculpó por la demora diciendo que había tenido demasiado trabajo ya que debía dejar listos los resúmenes de cuentas para presentar a la junta. Me dio un corto beso en los labios y comenzó a subir las escaleras, ignorando que en la cocina la cena aun nos estaba esperando.

— ¿No vas a cenar? —consulté, observando su espalda.

Ni siquiera frenó. —No tengo hambre.

Dejé escapar un suspiro y subí tras él intentando apaciguar mi mal humor. Mi marido llegó a la habitación, se sentó en la cama y comenzó a desatarse los zapatos. Tragué mi orgullo y decidí dar el primer paso. Con mi mejor expresión seductora, caminé en su dirección y me arrodillé frente a él para ayudarlo a desprender su camisa, sin embargo me tomó de las manos y me apartó.

—Estoy fundido —me dijo —y mañana tengo que levantarme temprano.

Me paré en seco y lo miré enojada. — ¿Acaso vas a ir a la empresa mañana también? —le reclamé.

—Mañana tengo la reunión con la junta—se defendió.

—¿Y no podías pasarla para otro día? ¡Es nuestro aniversario! —Volvía a atacar.

Soltó un suspiro de frustración y arrojó su camisa sobre el respaldo de la silla que estaba al costado de la cama — ¡Ya sé que es nuestro aniversario! Pero es mi trabajo y es importante.

— ¿Y yo no soy importante? Pasé toda la semana organizando para que pasemos el día juntos —exclamé, al borde del llanto, pero consumida por la rabia.

Me miró con expresión enojada. —Sabés que sos importante para mí, pero mi trabajo también lo es. ¡Es lo que te permite llevar la vida tan cómoda que llevás! —Se me encogió el estómago. Eso fue un golpe bajo. Uno muy, muy bajo — . Además, me habías dicho que no ibas a hacer nada en especial.

Simplemente, me di media vuelta y salí de la habitación dando un portazo. Frustrada y enojada, bajé a la sala y me senté sola en el sofá con

la copa de vino en la mano mientras intentaba no dejarme abatir por las lágrimas. Mis manos temblaban y sentía como mi corazón bombeaba con fuerza dentro de mi pecho.

De todas las formas hirientes que Marcelo podía haber elegido para lastimarme, esas palabras habían sido las más crueles. ¿Dónde había quedado el hombre cariñoso y atento con quien me había casado? Tragué el nudo en mi garganta.

Necesitaba tomar aire fresco, así que tomé la botella de vino y caminé hasta el patio. El frío de la noche me golpeó el rostro y secó las lágrimas de mis mejillas. Empiné la botella y tomé tres grandes tragos antes de sentarme en la reposera.

El cielo estaba despejado y las estrellas titilaban orgullosas de su brillo intenso. Me sorprendí al darme cuenta de lo sereno que estaba el ambiente en el barrio. Había pocas noches tan tranquilas. El único sonido que se escuchaba provenía de la casa de al lado. Sin poder evitarlo, mi mirada se dirigió hacia allí.

Las luces de la planta baja estaban apagadas, sin embargo, se podía ver el resplandor de las luces del patio sobresalir sobre el cerco que dividía nuestros terrenos. La música también provenía del mismo lugar y, si afinaba bien el oído, también podía escuchar el sonido del agua de la piscina chocar contra los cuerpos que se bañaban dentro de ella.

Un sentimiento parecido a la envidia atravesó mi corazón. Quería ponerme feliz por mi vecina, pero no podía evitar sentirme miserable. Mientras yo me encontraba sola como una loca sentada en la oscuridad del jardín de mi casa, bebiendo vino del pico de la botella mientras lloraba a causa del hiriente comportamiento de mi esposo, María estaba haciendo el amor en la piscina de su casa con su amante sexi y bien dotado.

El primer sollozo salió de mi boca, seguido por pesadas lágrimas de angustia cuando el reloj marcó las doce. Definitivamente, así no era como me había imaginado comenzar mi aniversario de casada.

A la mañana siguiente, no podía abrir los ojos a causa del dolor de cabeza. Me sentía mareada y descompuesta. Todo lo que quería era quedarme en la cama a dormir durante lo que quedara del sábado. Levanté mi brazo y cubrí mis ojos intentando alejar la claridad que se metía por las ranuras de la ventana al tiempo que Joaquín entraba corriendo y comenzaba a saltar sobre el colchón.

—¡Mami ya está por venir la abuela!

Abrí mis ojos y me encontré con el rostro sonriente de Joaquín a mi lado.

—Sí, cariño. Ya está por venir la abue a buscarte—le dije, mientras me sentaba sobre la cama y recostaba mi cabeza en el respaldo.

La sonrisa de mi hijo se volvió más grande luego se arrojó sobre la espalda de Marcelo, que aún tenía la cabeza bajo la almohada. —¡Papi! ¡Voy a pasear a la casa de mi abuela! ¡Me dijo que me iba a llevar al parque, y a tomar un helado y al McDonald's! —Joaquín hablaba deprisa a causa de la emoción.

A mi lado, mi marido emitió un bostezo hondo y tomó a nuestro pequeño hijo entre sus manos para estrujarlo entre sus brazos. —Mi hombrecito, ¿así que vas a ir a pasear a la casa de tu abuela?

Fruncí el ceño y guardé mis pensamientos para mí. Por supuesto que le había comentado a mi marido que nuestro hijo se iría el fin de semana con mi madre, pero estaba claro que él no me había prestado atención.

Los observé en silencio durante algunos segundos, debatiéndome entre la rabia que sentía ese momento hacia mi marido y la ternura que me generaba verlos juntos a los dos. Solté un suspiro y miré el reloj, que marcaba las siete y media. Algunos años atrás, solíamos quedarnos en la cama hasta tarde los fines de semana, pero Joaquín no parecía estar de acuerdo con eso.

Me senté en la cama y me coloqué las pantuflas antes de bajar. Una vez que estuve en la cocina, preparé un tazón de yogur con cereales para Joa mientras me sería una enorme taza de café para mí. Necesitaba ingresar cafeína en mi sistema.

Encendí la radio y prendí el lavarropas. Luego, levanté el maletín de Marcelo del suelo y lo coloqué sobre la mesa, al lado de las tostadas con queso que le gustaban y de su taza de café con leche. Después, abrí las cortinas de la puerta corrediza que daba al patio trasero para dejar que la claridad iluminara la casa y finalmente me recosté contra la mesada de mármol.

Cinco minutos más tarde, Marcelo bajó las escaleras con Joaquín en brazos. Quería hablar con mi marido acerca de la noche anterior, pero no quería hacerlo frente a nuestro hijo, así que me mordí la lengua y me senté en silencio en la mesa.

Después de terminar su café, Marcelo se levantó de la silla y le dio un beso en la cabeza a Joaquín para luego desaparecer por las escaleras e ir a cambiarse antes de salir a su reunión de trabajo. Debatí con mi consciencia durante varios minutos. Estaba ofendida por su comportamiento, pero no quería que nuestro día comenzara de esta

manera. Dejé mi taza sobre la mesada y prendí la tele para que Joa mirase dibujitos antes de subir tras él.

Lo encontré frente al espejo del baño acomodándose la corbata. Me recosté contra el marco de la puerta y lo observé luchar con el nudo durante algunos segundos. Sus ojos se encontraron con los míos a través del espejo por una milésima de segundo, pero luego se volvió a concentrar en su tarea. Finalmente, solté un suspiro y me acerqué a él para ayudarlo a arreglarse la corbata.

—Perdón por lo de anoche —dije, aunque en el fondo sentía que quien debía disculparse era él —, pero en mi defensa debo decir que últimamente has estado trabajando demasiado y ya casi no pasamos tiempo juntos. Deseaba que este día fuese especial para ambos —le dije, despacio.

Dejó escapar un suspiro y se apartó unos centímetros. —Lo sé y lo lamento, pero esta reunión es importante para mí y para mi carrera.

Asentí. — Ya lo sé. No tenés que justificarte. Entiendo el esfuerzo que haces para que no nos falte nada, solo que también desearía que podamos tener algún tiempo para nosotros. ¿A qué hora volvés?

Marcelo abrió la boca, pero la volvió a cerrar de inmediato. Tal vez, estaba imaginando cosas, pero vi como su mirada se oscurecía por un segundo, como si quisiera decirme algo, pero se arrepintió. Miró la hora en su reloj y se acercó para dejarme un beso en la frente. —Trataré de volver lo más temprano posible.

No pude responderle porque ya había cruzado la puerta y me había quedado sola en el medio del cuarto. Aparté los fantasmas de mi mente y lo seguí escaleras abajo para observarlo irse. Me crucé de brazos y solté un suspiro de resignación deseando que este distanciamiento frío entre nosotros terminara pronto.

En la cocina, mi hijo continuaba sentado en la mesa mirando sus dibujitos con su taza de cereales frente a su rostro. Pasé a su lado y despeiné su cabecita dejando un beso en su pelo.

Me apoyé sobre el borde de la mesada y lo observé con cariño mientras bebía mi café. Por unos segundos, me debatí si debía llamar a mis padres y decirles que ya no haría falta que viniesen a buscarlo sino hasta más tarde, pero el sonido de su auto estacionando frente a la entrada de la casa me lo impidió.

—¡Ya llegaron! —gritó Joaquín, al tiempo que daba un salto de su asiento

y salía corriendo a su encuentro.

Unos segundos más tarde, mi padre ingresaba por la puerta de la cocina con mi niño colgando en sus brazos, seguido por mi madre.

—Buenos días, hija —me saludó, sonriendo con alegría.

Dejé la taza a un costado y me acerqué a saludarlos. —Justo estaba por llamarlos —dije mientras les daba un beso en la mejilla.

Mi madre me miró preocupada. —¿Ocurrió algo?

Negué rápidamente. —No, no. Solo que al final Marcelo tuvo que ir a la oficina, así que voy a estar sola toda la mañana.

—Mmm —dijo mi mamá frunciendo el ceño — ¿Tuvo que ir a la oficina un sábado por la mañana? ¿Justo el día de su aniversario? —El tono en su voz me hizo retorcer las tripas, pero intenté no dejarme llevar por sus insinuaciones.

Encendí la pava eléctrica y traté de sonar relajada. —Creo que hay un grupo de empresarios de Uruguay, así que no tuvo otra opción.

—Bueno, son cosas que pasan —intercedió mi padre, restándole importancia al asunto —, pero no seas tonta hija. Aprovechá la mañana para descansar. Nosotros nos llevamos a este muchachito —dijo las últimas palabras mientras jugaba con Joaquín en sus piernas. Mi hijo se reía, feliz.

Suspiré. —Sí, tenés razón. Puedo aprovechar la mañana para dedicarme un poco a mí.

—Claro que sí —me contestó, sonriéndome. —Bueno, ¿dónde están tus cosas muchachito? —Le habló a Joaquín.

—En mi cuarto abuelo —le respondió, tomándolo de la mano para guiarlo escaleras arriba.

Mientras tanto, llené el termo con agua caliente y busqué el mate que estaba en la alacena. Entonces, mi madre se levantó de la silla en donde había estado sentada desde que llegó y se ubicó a mi lado. —Hija, ¿está todo bien entre Marcelo y vos?

Suspiré hondo y cebé el primer mate. —Sinceramente, no lo sé mamá —le contesté sincera.

Mi madre torció un gesto con la boca. Su expresión reflejaba preocupación. —Tal vez pueda regresar temprano hoy. Espero que

aprovechen y puedan charlar tranquilos. Por Joa no te preocupes, estamos más que felices de tenerlo para nosotros unas horas y poder llenarlo de mañas.

Le sonreí agradecida. Al fin de cuentas podría aprovechar el tiempo para darme una larga y relajante ducha y pintarme las uñas. Ese pensamiento me ayudó a calmar las ansias.

Mis padres y mi niño se fueron veinte minutos más tarde, luego de tomar algunos mates más e intercambiar algunos comentarios sobre la salud de mi padre y las plantas de mi madre, que eran su orgullo.

Una vez que la casa quedó desierta, puse música a todo volumen y llené la bañera. Las horas a solas realmente sirvieron para tranquilizarme. Disfruté de un largo baño, me hice las uñas de las manos y pies, me depilé el rostro y me hice un baño de crema en el pelo mientras veía una de mis series favoritas en Netflix. Para la hora del mediodía, me sentía como nueva.

Mientras bajaba las escaleras, tomé mi celular e intenté llamar a Marceo, pero no me atendió, así que abrí WhatsApp y le envié un audio.

«Marce, ¿Cómo va la reunión? ¿Te espero para almorzar?»

Presioné enviar y dejé el celular sobre la mesa de la cocina. Luego, abrí la puerta de la heladera y busqué algunas verduras para comenzar a preparar una ensalada. Saqué la tabla de picar y me acomodé frente al ventiluz. Afuera, el día estaba soleado y agradable. Si tuviese una pileta, podría haber pasado la tarde al aire libre, tomando sol y refrescándome en el agua cristalina.

Siempre había querido construir una pileta en el patio, pero cuando Marcelo me propuso hacerla, prefería esperar a que Joaquín fuese un poco más grande. Una pileta siempre representaría un peligro teniendo un niño pequeño en casa. Sin embargo, cada vez que veía hacia el patio de mi vecina, me arrepentía de ese no haberle dicho que si y no haber gastado el dinero en la ampliación del lavadero.

María disfrutaba de las tardes bajo el sol al borde de su piscina y ahora, incluso hacía el amor con su amante en ella, pensé en mi fuero interno, si tuviésemos una, también podría pasar mi aniversario de casada de esa forma.

Mi mente rápidamente recreó una imagen erótica en la que me veía a mi misma luciendo una sexi bikini roja, apoyada contra el borde de la pileta. En el extremo opuesto, mi marido, vestido solo con un ajustado traje de baño negro ingresaba al agua para caminar lento pero decidió hacia donde me encontraba. Se acercaba a mí con la mirada hambrienta y me tomaba

desde la nuca para presionarme contra su cuerpo y besarme con lujuria mientras envolvía mis piernas alrededor de su cadera, sintiendo su miembro viril duro y palpitante contra mi piel más sensible. Sin embargo, en algún momento de mi fantasía, el rostro de mi marido fue reemplazado por otro.

De inmediato, me obligué a sacudir la cabeza y apartar tales pensamientos. ¿Qué me estaba pasando? Necesitaba, con urgencia, reactivar nuestra vida sexual. De ninguna manera, cuando caminaba hacia el altar del brazo de mi padre me hubiese imaginado pasar nuestro aniversario de casados fantaseando con otro hombre.

Revisé mi celular, pero Marcelo aun no leía el mensaje así que supuse que no vendría a almorzar. Solté un suspiro e intenté no preocuparme. Internamente, me propuse que intentaría ser más optimista y que aprovecharía estas horas para disfrutar y relajarme como me habían aconsejado mis padres, así estaría renovada para la noche.

Terminé de almorzar y organicé la cocina. Luego, aromaticé la sala y coloqué unas velas aromáticas en el baño de la planta baja. Me las habían regalado para mi cumpleaños y nunca las había sacado de su estuche porque me daba lástima romper tan hermoso presente, pero hoy me pareció un buen día para utilizarlas. Finalmente, pasé por mi cuarto de pintura.

En el pasado, el cuarto había estado destinado a depósito, pero cuando medida que mi pasatiempo comenzó a convertirse en una forma de generar ingresos para mí, me di cuenta de que necesitaba tener mi propio espacio donde guardar los materiales y mis obras en proceso. Así que después de convencer a Marcelo, utilicé nuestros ahorros y reformé la habitación. Hice abrir un gran ventanal que daba al patio y mandé a realizar un mueble a medida que cubría toda la pared izquierda. Elegí un tono verde pastel para el color de las paredes restantes y las cerámicas del piso eran de símil madera. El resultado final fue increíble. Amaba este lugar. Sin dudas, era mi parte favorita de la casa. Mi espacio personal, en donde podía expresarme libremente.

Caminé descalza por el cuarto repasando mis trabajos. Aun debía terminar dos cuadros para la semana entrante y por unos segundos me vi tentada a sentarme en mi taburete frente a uno de ellos cuando algo llamó mi atención.

A mi costado derecho, tapado con una sábana blanca y empotrado en el caballete, estaba el cuadro que María me había encargado antes de irse de viaje. Lo medité durante algunos segundos. Tal vez, ahora que había regresado, podría llevárselo.

Lo destapé y lo observé una vez más. Debía reconocer que había quedado muy bello. María era dueña de una estancia en el interior de la provincia y había dedicado mucho esfuerzo en convertirla en la casa de sus sueños, así que cuando estuvo terminada mandó a sacar una foto y me la entregó para que le pintara un cuadro con ella. La casa de campo poseía una galería de típico estilo colonial, con techos sostenidos por vigas de madera, y estaba rodeada por robles, pinos y fresnos cuyas copas verdes contrastaban con el primaveral cielo azul y despejado.

Tomé el cuadro entre mis manos y decidí que era momento de realizar la entrega.

Mientras caminaba los metros que separaban mi casa de la de María, podía sentir como mi pulso se aceleraba y la sensación de ansiedad se incrementaba con cada paso. Cuando estuve frente a la puerta, apoyé el cuadro a mi costado y toqué timbre.

Esperé unos segundos y nada. Volví a tocar. Comenzaba a impacientarme cuando escuche que unos pasos se acercaban. Puse una sonrisa en mi rostro y volví a tomar el cuadro entre mis manos aguardando para saludar a mi vecina. Entonces, la puerta se abrió. Mi primer impulso fue contener un jadeo. Sostuve la respiración por un segundo. No esperaba que justamente él fuese quien me abriera la puerta.

El amante de María de encontraba a escasos centímetros de mí luciendo exageradamente ¿sexual? No estaba segura de si esa era la palabra justa, pero se le acercaba bastante.

Parecía como si recién hubiese salido de la ducha. Estaba sin camisa y una bermuda de jeans azul claro era todo lo que llevaba puesto. Unas gotas de agua caían desde sus anchos y firmes hombros y se resbalaban por sus pectorales tonificados. Si tuviese que describir la sensación que me recorrió el cuerpo en ese momento, diría que fue parecido a querer lamerlo como si fuese una paleta de helado.

Avergonzada por mi pensamiento, me obligué a levantar la vista de su pecho desnudo solo para encontrarme con los ojos verdes más hermosos que jamás haya visto.

— ¿Sí?—preguntó, frunciendo el ceño al darse cuenta de que me estaba costando gesticular palabra.

El tono de su voz era varonil, pero poseía un acento peculiar y pude deducir que era del interior. Un aspecto que solo alimentó aun más mi mente fantasiosa.

— Ah —tartamudeé —Yo, bueno no esperaba... no sabía que... — Solté un suspiro buscando recomponerme. Que el amante de María hubiese abierto

la puerta había sido una sorpresa. Pero allí estaba, tan alto, tan guapo... —Hola, soy Julia, vivo al lado —me presenté.

Sonrió al tonar la incomodidad en mi voz y me tendió su mano. —Un gusto Julia, soy Alejo.

Sí, se veía como un Alejo, pensé para mi fuero interno.

Haciendo malabares con el cuadro, me apresuré a tenderle la mano en respuesta. Torció una sonrisa de lado y sentí como si algo en el interior de mi estómago se hubiese removido.

— ¿En qué puedo ayudarte? —consultó, sin borrar la sonrisa de su boca.

—Vine a traerle esto a María —contesté, moviendo el cuadro que tenía en mis manos.

—Claro, pasa —ofreció y se hizo a un lado.

Había estado varias veces en la casa de María y siempre me había sentido a gusto, pero en este momento me sentía un poco nerviosa y torpe. Ingresé al living y apoyé el cuadro sobre uno de los sillones. Quité el envoltorio y aguardé.

—María no se encuentra, pero le voy a avisar que viniste —dijo, colocando sus manos en los bolsillos de su bermuda.

—Uh, bueno, ¿y no sabés si va a tardar mucho? —consulté. En realidad, no me interesaba mucho el horario de su regreso, pero había algo dentro de mí que me incitaba a buscar algún tema de conversación.

—Está de viaje fuera del país —Soltó la información cuidadoso, no muy seguro de si debía o no mencionármelo.

—Ah, ya veo —exclamé, un poco confundida —Bien, ¿dónde puedo dejar esto? —cosulté.

Sus ojos se dirigieron al cuadro y pude notar como sus pupilas se dilataron con sorpresa. Esa era lo que más me gustaba de mi trabajo. Ver el rostro maravillado de las personas al contemplar alguna de mis obras. —Es maravilloso, ¿lo hiciste vos? —preguntó, acercándose.

Tomó el cuadro entre sus manos y lo levantó para observarlo mejor.

—Así es —contesté, orgullosa.

—Es increíble —respondió, sonriéndome ampliamente. Luego, miró a su alrededor. —Conociendóla, va a querer colocarlo en un lugar en donde

todos puedan apreciarlo al entrar, así que me voy a asegurar de poner un clavo en esa pared y de instalarlo antes de que regrese —comentó, señalando el lugar.

Una parte de mí sintió un poco de envidia. Aunque desconocía los motivos por el cual María se había ido de viaje y lo había dejado en su casa, se notaba que la apreciaba y que la conocía.

—Sos una gran artista —comentó, sacándome de mis pensamientos. Me miraba una forma tan intensa que mi corazón comenzó a palpitar un poco más fuerte dentro de mi pecho.

Sonreí, sintiéndome un poco enrojecida. —Gracias —exclamé y un silencio un tanto incómodo envolvió el ambiente. Tomé aire. —Bueno, entonces te dejo a cargo.

—Sí, no te preocupes. Más tarde buscaré algo con qué colgarlo y te prometo que para cuando regrese, tu obra ya va a estar en su lugar —Sonaba amable, pero podría jurar que también había un dejo de seducción en su voz, aunque posiblemente solo era mi imaginación.

Volví a sonreír en respuesta y comencé a caminar hasta la puerta principal, sin embargo algo me llamó la atención. Por el rabillo del ojo, noté como una figura se acercaba por el pasillo que conducía al jardín trasero. Fruncí el ceño y miré a Alejo que lucía verdaderamente nervioso.

Entonces, la figura terminó de acercarse. Era una chica joven y muy atractiva. Su cabello largo y rubio estaba atado en una coleta alta y lucía un diminuto traje de baño. —Como te demoraste más de la cuenta, tuve que venir a buscarte —exclamó, pretendiendo sonar sensual.

Alejo tragó el nudo en la garganta y fingió toser, señalándome con la cabeza. Cuando sus ojos se percataron de mi presencia, la sonrisa que hasta ese momento había sido seductora, se desvaneció.

En mi cabeza sonaron campanadas de alerta. Mis ojos oscilaban entre el rostro incómodo de Alejo y la mirada avergonzada de la chica. El aire comenzó a volverse un poco más espeso.

—Bueno, esto es un poco incómodo —exclamó y la pobre chica pareció encogerse en su lugar al darse cuenta de que no la presentaría, dejándola aun más en evidencia acerca de su presencia en la casa.

—Sí, realmente lo es —respondí, irritada.

En ese momento, comenzaba a sentirme enfadada. ¿Es que ya no se podía confiar en los hombres? No sabía qué clase de pacto tenían María y su amante, pero estaba segura de que mi vecina no era una mujer que se

encaminaría en una relación abierta.

Le dirigí una mirada acusadora, haciéndole notar que no aprobaba para nada lo que estaba ocurriendo aquí. —Mejor me voy —exclamé, con evidente enojo.

Alejo se apresuró hasta la puerta y tomó el picaporte con su mano derecha, pero no la abrió de inmediato. En su lugar, soltó un suspiro pesado y me miró suplicante. —Sé que no debería, pero ¿puedo pedirte que esto quede entre nosotros? —rogó.

Fue como si alguien tirara nafta al fuego que estaba intentando controlar en mi interior. Este hombre no tenía respeto. Lo enfrenté con la mirada llena de furia.

—Es el colmo —expresé, colocando ambas manos en mi cintura. Sabía que debía controlar la catarata de emociones que revoloteaban dentro de mi pecho, pero no podía contenerlas. Era como si Alejo hubiese detonado el botón que había estado conteniendo toda mi frustración hasta ese momento. Aunque una parte de mí me decía que no debía desquitarme con él, parecía un blanco perfecto. Además, sentía que era mi obligación como amiga y vecina, y debía defender a María. — ¡Yo no puedo creer que seas tan caradura! No solo te atreves a engañar a María, que es una persona maravillosa, que te brindó toda su confianza, en su propia casa con —miré hacia la chica, que ahora parecía estar rezando por desaparecer del lugar. A mi mente, vinieron un montón de palabras despectivas, pero no era justo, así que me las guardé —...ella, sino que además, me pedís a mí que cubra tu asqueroso trasero infiel! —escupí, casi gritando.

Lo miré fijo y aguardé su contestación, a la defensiva. Primero me observó confundido, luego su rostro pasó por un festín de emociones a medida que iba absorbiendo mis palabras. Finalmente, soltó una carcajada y todo su cuerpo pareció aflojarse. Lo miré frunciendo los labios, sin poder entender la causa de su risa. Hubiese entendido un enojo, alguna contestación agresiva o algún gesto molesto, pero parecía divertido y aliviado.

—Esperá un segundo —apenas logró decir, mientras intentaba aplacar la risa —, ¿qué relación pensás que hay entre María y yo?

Su pregunta me tomó desprevenida, porque a esta altura yo ya me había asegurado a mí misma que ellos eran amantes. Apoyé el peso de mi cuerpo en una pierna y levanté una ceja. Dudosa, tomé aire para contestar.

—Yo.... —no pude terminar la frase. A esta altura, ya me sentía una

tonta.

Aflojó los hombros y me miró con un brillo divertido en sus intensos ojos verdes. —María es mi hermana.

Capítulo 3

Capítulo III

«María es mi hermana» había dicho. ¡Por Dios! ¿Existía alguna palabra para describir lo avergonzada que estaba? No, no creía que ya la hubiesen inventado. Mi rostro se había encendido y estaba segura de que mi boca había tocado el piso. Como pude, había salido disparada del lugar, dando pasos apresurados y torpes mientras escuchaba su risa de fondo.

Me mordí el labio intentando mitigar la vergüenza que sentía cada vez que recordaba el episodio y coloqué la carne en el horno. ¡Eso me enseñaría una lección!

¿A qué había ido hasta ahí? El cuadro había estado en mi estudio por más de una semana, ¡podría haberse quedado en ese lugar por unos días más! Pero no…. la curiosidad había sido más poderosa que mi sentido común. Aunque me costaba admitirlo, desde el día que lo había visto nadando en la pileta de María mi mente había estado buscando la forma de ir hasta su casa y el cuadro finalmente me había dado una excusa.

Tuve que reírme ante la situación. Mis amigas se burlarían de ello durante semanas y Marcelo…

¿Qué diría Marcelo cuando se lo contase?

¿Se lo contaría?

Claro que sí. Después de todo, no había hecho nada malo. Por supuesto que omitiría que había fantaseado con él o que me había sonrojado al ver sus abdominales marcados, pero sería una omisión inocente.

Cerré la puerta del horno y encendí el temporizador. Después, me quité el delantal y lo coloqué en el ganchito que tenía cerca de la heladera. Solté un suspiro sonoro.

Me estaba comportando como una torpe adolescente y mi mente estaba dando vueltas alrededor de una situación tonta que no tenía demasiada importancia. Había sido un malentendido y nada más, me aseguré a mí misma y sacudí mis pensamientos.

Subí las escaleras y comencé a prepararme. Pronto llegaría Marcelo y yo aun no terminaba los preparativos. Podríamos haber comenzado el día con el pie izquierdo, pero quería asegurarme de terminarlo de la mejor manera.

Abrí el placar y seleccioné una camisa para él. Nunca la había usado y consideré que ésta era una ocasión especial para estrenarla. Se la había comprado con el dinero de unos cuadros que había vendido el año pasado con la esperanza que dejara de molestarse tanto por mi pasatiempo, pero en ese momento no había causado el efecto deseado en mi marido, quien me había mirado con desdén y me había dicho que si el objetivo de perder horas del día encerrada en un cuarto pintando «estúpidos» cuadros era comprarle camisas a él, estaba perdiendo el tiempo. No había querido iniciar una absurda discusión, así que me había guardado los comentarios para mí misma y había guardado el regalo en el placar.

Un nudo se formó en mi garganta. Aunque quería, muchas veces me costaba reprimir la sensación de angustia que ciertos comentarios de Marcelo me causaba. Sabía que no lo hacía con malas intenciones, pero sus palabras muchas veces me dejaban heridas que tardaban en sanar. Siempre intentaba esconderlas, pero había ocasiones, como ésta, en la que algunos recuerdos resurgían en mi mente, aplacando mi estado de ánimo.

Tomé aire y sacudí la cabeza. No iba a permitir que nada arruinara esta noche. ¡Había planificado todo con tanto esmero!

Dejé la camisa prolijamente acomodada sobre la cama y saqué un pantalón de jean y un par de medias limpias y las coloqué al costado. Observé el conjunto felicitándome mentalmente por la elección. Marcelo se vería fabuloso. Era un look relajado.

Mi marido siempre vestía trajes. No me disgustaba cómo le quedaban, porque lo hacían lucir profesional y elegante y debía reconocer que lo hacían ver muy apuesto, pero en lo personal prefería verlo usando remeras y vaqueros. Tal vez, porque cada vez que usaba ropa casual su expresión se tornaba más distendida, como si se olvidase de los problemas del trabajo y los encerrase junto con los trajes dentro del oscuro placar.

Le di una última ojeada y me giré para comenzar prepararme. Abrí mi lado del guardarropa y comencé a pasar las perchas en busca de algún vestido. Casi no usaba vestidos. Los jeans clásicos y las calzas eran mi outfit favorito, y las zapatillas casi siempre completaban mi atuendo. Esta noche sería diferente.

Elegí un vestido rojo corto, con escote en v que se ajustaba a mi figura y un par de zapatos nude de taco alto. Me vestí y contemplé la imagen en el espejo. Una sensación extraña se recorrió el cuerpo. Tenía que admitir que me veía bien. Si bien mi cuerpo había cambiado con la maternidad y mi busto ya no estaba tan firme como me gustaría, estaba feliz con el

resultado. Complacida, me dirigí al baño para maquillarme.

No pensaba utilizar demasiados cosméticos, aunque tampoco los tenía. No solía ser una mujer que se maquillara demasiado, pero un buen labial era imprescindible a mi criterio. Me puse una base y un poco de rubor para darle vida a mis mejillas y solo utilicé rímel en los ojos. Finalmente, me puse mi perfume favorito y bajé las escaleras justo a tiempo para ver las luces del auto de Marcelo estacionando frente al garaje.

Si tuviese que ver el momento en retrospectiva, el hecho de que no lo hubiera entrado me debía haberme dicho algo, pero estaba tan ansiosa que no le di importancia. Mi intuición femenina estaba eclipsada por una nube de falsas ilusiones.

Me detuve frente a la puerta y aguardé. El hecho de que hubiese demorado más de lo habitual dentro del auto antes de bajarse también debió haber sido una señal, pero tampoco la capté.

Marcelo cruzó la puerta cinco minutos después de haber apagado el motor. Como de costumbre, dejó su maletín sobre una pequeña mesita en el recibidor y se desprendió el saco. Co gesto cansado, se dispuso a subir al cuarto, solo que se cruzó con mi figura, parada a solo unos pocos pasos de él.

Pareció sorprendido al verme. Sus ojos me recorrieron de pies a cabeza y su expresión se vio traspasada por dos o tres emociones que podría describir como asombro, culpa y cierto grado de lujuria quizás. Aguardé.

Soltó un suspiro profundo y sonoro y caminó hasta mí. Su mano me tomó por la cintura y su rostro se tiñó de ternura. —Estás hermosa —dijo.

Intenté sonreír seductora. —Quería que esta noche fuese especial —respondí con tono meloso mientras entrelazaba mis brazos detrás de su nuca.

Dejó escapar otro suspiro y mi piel se erizó, alertándome. Sus labios entonces se posaron sobre mi frente en un gesto casi paternal. ¿Qué rayos estaba pasando?

—No te merezco —murmuró contra mi piel.

Alejé mi rostro para poder mirarlo de frente. — ¿Qué te ocurre? —consulté, confundida.

—Necesitamos hablar —exclamó con cautela.

Suspiré profundo intentando calmarme. —Está bien —dije, con suavidad

—. Subí a cambiarte y charlamos mientras cenamos.

Otro suspiro. El tercero en diez minutos. Mi paciencia se estaba agotando. Lo observé expectante. Finalmente, cedió. —Ahora vuelvo —dijo, y caminó escaleras arriba.

Mientras observaba su espalda perderse de mi campo de visión me debatí en ir hasta la cocina y servir la comida. Algo andaba muy mal. Todos y cada uno de mis instintos me decía que debía prepararme para una mala noticia. ¿Acaso había tenido un problema en su trabajo? ¿Y si lo habían despedido? Tanto como no quería pensar en esa posibilidad, en el fondo deseaba que solo fuese eso. Me senté en el apoyabrazos del sillón intentando tranquilizarme. Era ridículo. Estaba nerviosa y una sensación de incomodidad me apretaba el pecho. ¡Lo último que esperaba sentir esta noche eran esas dos sensaciones!

Marcelo bajó cinco minutos después. Lo observé en detalle. Definitivamente, había hecho una buena elección con su ropa. Si no hubiese estado tan perturbada por la forma en que se estaba comportando, le hubiese dicho un piropo tonto y ambos hubiésemos reído, como en los viejos tiempos.

Caminó nervioso por la sala y se sentó en un sillón, frente a mí.

—Bueno, Marcelo, ¿qué está pasando? —reclamé. Mi voz ya no era tan paciente — porque créeme cuando te digo que no es así como imaginé que sería esta noche. Al menos, ¿vamos a cenar?

Su rostro pareció enfurecerse por mi ataque, pero de inmediato se tranquilizó. —Lamento que todo tenga que ser así —exclamó.

El nudo en mi estómago se intensificó. Me crucé de brazos. —Vas a tener que ser más claro —respondí, malhumorada.

No respondió de inmediato. Abrió y cerró los labios dos veces antes de que la voz saliese a través de su garganta. —No sé cómo decirte esto, pero no te merecés que te mienta.

Silencio.

Uno, dos, tres segundos pasaron. —Me parece que los dos sabemos que esto no está funcionando —Volvió a hablar.

— ¿Esto? —dije, no muy segura de mi pregunta.

—Nuestro matrimonio —me respondió.

Hice un gesto. —Es evidente que no está funcionando si ambos estamos pasado la noche de nuestro aniversario discutiendo tonterías y no haciendo el amor —Mi voz sonaba a reproche.

—Exacto —dijo.

Aguardé. Marcelo recorrió la sala con la mirada y comenzó a mover una de sus piernas en señal de nerviosismo. Quería decirle mil cosas, pero el nudo en mi garganta me dificultaba la voz.

—¿Es todo lo que vas a decir? —Insistí.

No respondió de inmediato. Frotó las manos contra su rostro y pareció buscar las palabras en su cabeza. —Mirá, Julia, yo, bueno, no sé como paso, pero conocí a alguien más.

Parpadeé varias veces. Sus palabras ingresaron a mi sistema, pero por algún motivo me estaba costando procesarlas. — ¿Cómo que conociste a alguien más?

—A otra mujer, Julia.

No le respondí. Mi mente había quedado en blanco y solo podía observarlo con expresión incrédula. —Julia, ¿me estás escuchando?

Usé toda mi fuerza de voluntad para entornar los ojos y mirarlo a la cara sin descomponerme. —No lo hice a propósito, simplemente, pasó.

Mi boca tembló. Una parte de mí quiso alertar a mi instinto agresivo y arrojarme sobre él para golpearlo con todas mis fuerzas, pero no era capaz. Permanecí inmóvil. Mi vista se desvió hacia la pared del comedor.

En lo alto de la chimenea, estaba la foto del día de nuestro casamiento. El me sostenía con fuerza por la cintura mientras me miraba sonriente. Había amor en esa mirada. Mi mano acariciaba su mejilla y lucía orgullosa la alianza de oro que él me había colocado antes de prometerme amor eterno frente a Dios y frente a todos los invitados de nuestra boda.

Volví mi mirada hacia él e incliné la cabeza intentando reconocerlo. ¿Era acaso el mismo hombre con quiñen me había casado?—Me lo prometiste —dije, sin poder evitar que mi voz temblara.

—¿Qué cosa? —Sonaba confundido.

—El día que nos casamos —respondí, sin emoción en la voz —. Me prometiste que siempre íbamos a estar juntos, que me ibas a cuidar y a amar toda tu vida. ¿Cómo te pudiste olvidar de esa promesa? —Le cuestioné, mirándolo a los ojos mientras sentía como las lágrimas

comenzaban a nublar mi visión.

—Julia —dijo, abatido —, no fue algo que haya planificado, ni deseado. Simplemente pasó.

La angustia dejó paso a la rabia. —¿Cómo? —dije, elevando la vos —¿Decime cómo mierda pasa algo así?

—Yo… las cosas no venían entre nosotros. Vos cambiaste. Ya casi no compartíamos tiempo juntos y cuando lo hacíamos, todo de lo que hablabas era de tus estúpidos cuadros. No podía hablarte de mi trabajo, porque no te interesaba, solo te importaba hablar de Joaquín y de sus clases de futbol, o del último cuadro que pintaste o de alguna cortina estúpida que colocaste en la habitación. Yo necesitaba alguien con quien compartir mis cosas, mis problemas laborales….

En ese momento, me enfurecí. De todas las excusas posibles, había elegido la más estúpidas —Oh, por Dios. ¡Resulta que ahora la culpable soy yo! ¡Es mi culpa por querer contarte acerca de la vida de "nuestro" hijo o por querer tener un ingreso propio! ¡O por informarte sobre los gastos que hice para "nuestro" hogar!

Me paré porque me sentía demasiado alterada como para continuar sentada. —Así que perdona por no escuchar tus dramas laborales —Enfaticé las palabras haciendo comillas con los dedos — y obligarte a salir a buscar consuelo en otro lugar. Maldito desgraciado. Siempre que me decías que estabas trabajando, ¡te estabas cogiendo a otra mientras yo tenía que quedarme en casa! —Cuando terminé la frase, tuve que sostenerme del borde del sofá para evitar caerme al piso. Me sentía descompuesta.

—No es como te lo estás imaginando, Julia —Se justificó.

—¿Quién es? —Quise saber.

—Eso no importa.

—¡Claro que sí! ¿Quién mierda es? —La expresión en su rostro se veía conflictiva —Oh por Dios, ¿tu secretaria?

—¡No! —Se apresuró a decir —No la conocés, Julia. Ella es… trabaja en el departamento de contabilidad de la empresa.

—¿Y sabe que tenés una familia?¿Una mujer? ¿Un hijo?

—Mirá, Julia. Sé que debe ser difícil para vos, pero es lo mejor. El

divorcio…

—¿Divorcio? —lo interrumpí —¿De verdad estás pensando en el divorcio?

—Es lo mejor, Julia. Para los dos.

—¿Vos me estás jodiendo, Marcelo? ¡Tenemos un hijo, por Dios! —exclamé, con exasperación —Las cosas no se revuelven con un divorcio. ¿Te acostaste con otra? Está bien, lo voy a superar de alguna forma. ¿Queres que te escuche? Está bien, lo voy a intentar. Me voy a sentar todas las putas noches y te voy a escuchar hablar sobre tu trabajo. ¿Querés que deje de pintar? —Tomé aire —Puedo dejar de tomar pedidos y solo hacerlo como un hobbie de vez en cuando…. Así es como se solucionan los problemas, Marcelo. No con un estúpido divorcio.

Dejó escapar un suspiro y luego me volvió a mirar. —Escúchame, Julia. No te lo hubiese dicho si no hubiese estado seguro de lo que te estoy diciendo. Yo… quiero el divorcio. —Sus palabras fueron como dos dagas ardientes clavándose en mi pecho —Podemos hacer terapia, si queres. En familia, para ayudar a Joa entender nuestra separación.

Incline la cabeza y lo observé detenidamente. Cada detalle de su rostro. ¿Quién era este hombre frente a mí? ¿Dónde estaba Marcelo, el hombre cariñoso y atento que me había cargado en brazos hasta nuestra habitación el día de nuestra noche de boda mientras nos besábamos y reíamos en el pequeño departamento de dos ambientes? Como no decía nada, se inclinó hacia adelante y tomó mis manos — ¿Estás bien? Sé que es un golpe fuerte, pero yo también estoy triste por todo esto.

Solté sus manos como si quemasen y me levanté. —¿Un golpe duro? ¿Solo un golpe duro? —reclamé, al borde del llanto. —Esperaste el día de nuestro aniversario —exclamé, sin mirarlo.

—Hubiese deseado que fuese distinto —Se justificó.

Me apresuré a limpiarme el rostro mojado con el revés de la mano. Solté una risa falsa. —Y pensar que me sentía culpable por fantasear con el vecino.

—¡¿Con Alberto?! —Marcelo exclamó, sorprendido.

Me giré para enfrentarlo. Me miraba atónito. Alberto era nuestro vecino del frente. Siempre me saludaba amable, pero era un señor de casi sesenta años. No sé porque supuso que si fantaseaba con alguien podría ser él.

Rodé los ojos ante lo tonto de su justificación. Rio. —¿Ves? No podés

juzgarme por haber mirado a otra. ¡Vos también lo hiciste!

La sangre comenzó a palpitar dentro de mis oídos y un ensordecedor zumbido retumbada detrás de mis tímpanos. Si no hubiese estado tan quebrada emocionalmente, lo hubiese golpeado. ¿Cómo se atrevía a comparar una inocente y tonta fantasía con lo que él me había hecho? Mi estómago se revolvió con solo imaginar la cantidad de veces en que su cansancio al regresar a casa no se debía al trabajo en la oficina.

Tragué el nudo de dolor que presionaba mi garganta. Lo miré intentando contener las lágrimas. —Tenías razón —dije.

Me observó frunciendo el ceño. — ¿Sobre qué?

—Lo que dijiste hace un rato… que no me merecías —Inspiré, cuadrando mis hombros —. No lo hacés.

Pareció avergonzado. Me sorprendía que pudiese sentir vergüenza aunque quería que la sintiese. También quería que se sintiera miserable como yo. —Realmente lo siento.

—No te atrevas a volver a decir que lo sientes —dije, intentando mantenerme entera —. No te atrevas a decirme que "lamentas" lo que hiciste porque no te creo. Nada de lo que sale de tu boca es verdadero y nada de lo que puedas decirme podrá aplacar el daño que me hiciste… deberás vivir con eso en tu conciencia —Mi voz se volvió más firme, mientras mantenía mi mandíbula apretada y los labios fruncidos —Cuando te acuestes cada noche, deberás callar tu conciencia y lidiar con la culpa de lo que me hiciste. Te vas a ir a dormir sabiendo que lastimaste a la persona que te amó con toda su alma, a la persona que te dio un hijo, a la persona que dedicaba cada día de su vida en intentar hacerte feliz —Escupí.

El rostro de Marcelo se contrajo en una mueca. No esperaba que le dijera eso. Estaba segura de que había esperado que me pusiera a llorar y le suplicase, incluso que me echase la culpa a mí misma por haberlo arrojado a los brazos de otra. Estaba segura de que esperaba que hasta justificase su comportamiento y le dijera que no pasaba nada, que todo iba a estar bien. Tal vez, lo hubiera hecho, pero debía agradecer que la ira y mi amor propio había sido más fuerte que necesidad de él.

—Sé que con el tiempo vas a superar esto —me consoló.

Lo observé incrédula. No sabía si debía reírme ante su comentario. —¡Claro que lo voy a superar, Marcelo! —dije, enfadada —¡ Mi vida no se reduce a adorar tu estúpido trasero como lo he hecho hasta ahora! Quien no va a superarlo serás vos —lo miré desafiante —, porque cuando la calentura se te pase, y ese día va a llegar, te vas a dar cuenta que

metiste la pata. Entonces, vas a desear volver el tiempo atrás y no haber sido un hijo de puta conmigo.

Marcelo se ofendió con mis palabras. Se opuso de pie y me miró enfadado. —Entiendo tu enojo, pero no sos la única que está mal por esto.

Lo mire burlona. —¿Acaso vos te sentís mal?

—¡Claro que si! —se apresuró a responder.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de sacar tu pene de ella?

No me respondió. Ya no había nada más para decir. Tomé aire y me tranquilicé. —Será mejor que te vayas —sugerí, ya más calmada.

Solo asintió. Tomó las llaves del auto y caminó hasta la puerta sin mirarme. ¡Con qué facilidad podía irse!, pensé al verlo alejarse de mí.

Antes de abrir la puerta, se detuvo unos segundos con la mano en el picaporte. —En la semana vendré por mis cosas —murmuró.

No pude contestarle. Ya no me quedaba nada en el pecho. Acababa de arrancarme el último trozo de corazón. Asentí, de espaldas a él y sentí como la puerta se cerraba.

Fue el sonido más doloroso que había escuchado en toda mi vida.

No supe cuanto tiempo estuve parada en el medio de la sala. Pudieron haber sido minutos u horas. Cuando logré reaccionar, caminé con piernas temblorosas hasta la mesa del comedor. Sonreí con tristeza al verla decorada. ¿Con qué rapidez podían cambiar las cosas?

Tomé la botella de vino, la descorché y me dirigí al jardín mientras bebía del pico. El aire fresco me golpeó el rostro. En ese momento, fui consciente de las lágrimas que corrían por mis mejillas. Me sentí miserable.

Solté un grito de desahogo y arrojé la botella contra el pilar que sostenía la galería. Fue un descargo tonto porque ni bien el sonido del vidrio quebrándose llegó a mis odios, me di cuenta que había sido una mala idea. Ahora debía recoger los trozos de vidrio esparcidos por todo el lugar antes de que Joaquín se cortada con alguno de ellos.

Maldiciendo para mi fuero interno caminé sobre el piso mojado, pero la elección de calzado y mi falta de costumbre a los tacos altos me jugaron una mala pasada. Mis pies se tambalearon y pronto caí al piso,

incrustándome uno de los pedazos de la botella en mi mano.

Esta vez, el grito fue de dolor.

—Julia, ¿estás bien? —Al principio, no pude reconocer de dónde provenía la voz.

Torciendo un gesto de dolor, busqué con la mirada. —¡Oh, por Dios! ¿Estás lastimada?

En ese momento, mis ojos se encontraron con la mirada preocupada de Alejo que me observaba con el ceño fruncido desde el otro lado del muro. No sé si hubo algo en mi expresión que lo alentara, pero con la agilidad de un felino saltó la pared de ladrillos que separaba ambos patios y en apenas unos segundos estuvo a mi lado.

Si no hubiese estado tan afectada por la traición de Marcelo, hubiese intentado grabar cada uno de sus movimientos para luego contárselo a mis amigas. Sin dudas, en otro contexto, sería una anécdota insuperable, pero ahora estaba demasiado aturdida para ser del todo consciente de lo que estaba pasando.

—¡Mierda! ¡Te clavaste un vidrio! —Volvió a exclamar. Alejo sostenía mi mano mientras o permanecía en el piso, sin lograr emitir una palabra.

Me observó y su expresión se tornó más confusa al ver mi rostro. Seguramente, estaba despeinada, con el maquillaje corrido y las mejillas llenas de lágrimas secas. No dijo nada al respecto y agradecí mentalmente que no me hiciera ninguna pregunta al respecto.

—Te voy a quitar el vidrio, ¿de acuerdo? —Habló despacio, como queriendo cerciorarse de que entendiera sus palabras. Asentí.

Torcí una mueca cuando retiró el trozo de la botella de mi mano. Alejandro acercó su rostro y sopló la herida. —¿Estás bien? —Volvió a preguntar.

Solo pude asentir. Estaba aturdida.

Con un rápido movimiento, me levantó en sus bazos y caminó conmigo hasta dejarme apoyada sobre una mesa de madera que estaba contra la churrasquear. Era una mesa de algarrobo que mi padre me había regalado cuando los invitamos a almorzar con motivo de inaugurar la ampliación de la casa que incluía parrilla.

Me depositó con cuidado y se alejó unos pasos. Entonces, se quitó la remera blanca que estaba usando y rompió un pedazo con los dientes. Yo solo podía observarlo anonadada. Todavía me estaba costando decidir si lo

que estaba pasando era real o simplemente estaba volviendo a tener alguna otra alucinación con él.

Volvió a tomar mi mano e improvisó una venda con el retazo de tela. —Esto funcionará por ahora —dijo, orgulloso de su labor.

Observé mi mano ahora rodeada por la tela de su remera. Una pequeña mancha roja comenzó a florecer a través de la tela. Solté un suspiro.

—¿Dónde tenés una escoba? —Su pregunta me trajo a la realidad.

Lo observé. Parado frente a mí, estaba Alejo, sin remera. Definitivamente, no era una ilusión. Intenté recomponerme.

—No te preocupes. Yo voy a limpiar este desastre —dije, mirando el charco de vino desparramado en el piso. Sin embargo, no me moví. Solo contemplé como el líquido se escurría hacia el suelo del jardín perdiéndose en el césped.

Me observó dudoso. En su mente, se debía preguntar si mi salud mental se encontraba bien.

—Yo puedo hacerlo —exclamó.

Debió encontrar el lugar donde guardaba los elementos de limpieza, porque unos segundos después estaba recogiendo los pedazos de vidrio con la escoba y la pala. Cuando estaba por terminar, se agachó y levantó un trozo grande que tenía la etiqueta colgando. Lo leyó me observó algo divertido.

—Supongo que debes tener una buena razón para romper uno de éstos —dijo, intentando distender la situación.

—Créenme, tengo uno muy bueno —respondí, frunciendo los labios.

Asintió y terminó de recoger todos los vidrios rotos. Luego, los arrojó dentro del tacho de basura que siempre dejaba al lado de la churrasqueara.

Cuando regresó, me observó durante unos instantes. — ¿Vas a estar bien? —Su voz reflejaba verdadera preocupación.

—Sí, no te preocupes —intenté sonreír.

Dudó unos segundos. En su interior debía estar preguntándose si dejarme sola era lo correcto. Tomó aire. —Cualquier cosa que necesites, no dudes

en pegarme el grito. Voy a estar atento —dijo, señalando su patio.

Asentí. Abrió la boca para decirme algo, pero la cerró. Me observó una vez más y finalmente, comenzó a caminar hasta el muro. Lo iba a saltar de nuevo.

—¿Cenaste? —le pregunté. Mi voz sonó áspera y lo tomó por sorpresa.

Se giró con expresión confusa. —No, no he cenado, ¿por? —Una de sus manos aun estaba apoyada sobre la parte superior del muro. Le hice un gesto con la mano para que me esperase un momento.

Caminé hasta la cocina y saqué la carne del horno. La puse dentro de un tapper y volví al patio.

—Toma —dije, entregándole el recipiente.

Me observó aun confundido. Levantó la tapa parta observar su interior y me volvió a mirar. —En forma de agradecimiento por tu ayuda —dije, intentando sonreír mientras levantaba mi mano vendada.

—No es necesario —El tono aterciopelado de su voz me acarició y estaba segura de que una parte pequeñita dentro de mi pecho se había movilizado. Reprimí el sentimiento y me encogí de hombros.

—Irá a la basura si no lo querés —dije, sin emoción.

Abrió y cerró la boca de nuevo. Quería decirme algo, pero no se animaba. Era mejor así. Asintió y dejó el tapper sobre el muro. Luego, volvió a apoyar sus manos para darse impulso y saltó. En apenas una fracción de segundo, estuvo del otro lado.

—Gracias —murmuró.

Le sonreí y me di vuelta para volver a mi casa. Estaba segura de que sus ojos no habían dejado de observarme, pero fingí que su mirada no me afectaba y continué caminando. Llegué hasta la puerta, pero no entré. No estaba segura de poder enfrentar la casa vacía y no quería desplomarme en el piso.

No quería llorar.

Apoyé mi mano en una de las columnas y me desclasé. No supe en donde arrojé mis zapatos, solo escuché el sonido en alguna parte del patio. Luego, me senté en el borde de la galería con los pies descalzos pisando el césped. Mordí mi labio inferior y miré a los alrededores del patio. Cuando nos habíamos mudado, no había pasto, tampoco flores ni árboles. Habíamos trabajado mucho. Si me esforzaba, podía verme a mí y a

Marcelo acomodando los platines de césped mientras Joaquín caminaba torpemente en la tierra.

Un sollozo se escapó de mi garganta, pero lo contuve. Serían recuerdos con los que ahora debía aprender a convivir. Esta casa estaba llena de ellos. Tal vez, podríamos venderla. Contemplé la idea, pero la descarté de inmediato. Joaquín no necesitaba más cambios en su vida. Froté mi rostro con ambas manos. Todo apestaba en este momento y el dolor dentro de mi pecho se intensificaba a medida que mi mente iba asimilando la realidad. Las palabras de Marcelo aun retumbaban dentro de las paredes de mi memoria… parecían tan irreales.

—Odio comer solo.

La voz de Alejo sentándose a mi lado me tomó por sorpresa. Todo mi cuerpo tembló y tuve que llevarme una mano al pecho a causa del susto. Tampoco pude contener un pequeño gritito.

—Perdón por asustarte y por aparecer así, pero no me quedé tranquilo dejándote aquí... —se interrumpió y miró hacia la puerta de la casa. En ese momento, debió darse cuenta de que mi marido podría estar en casa y por la expresión en su rostro ahora se estaba arrepintiendo.

—Sola —terminé por él —Sí, estoy sola.

Suspiré hondo. —Sola como lo he estado desde hace mucho tiempo, solo que no me daba cuenta —medité en voz alta, más para mí misma que para él.

—Espero no incomodarte —murmuró.

—Un poco de compañía me va a venir bien —repliqué, sonriendo con tristeza.

Pareció aliviado. Soltó el aire y se acomodó mejor. Abrió el tapper y me lo acercó. —Pensé que podíamos compartir la cena —sugirió.

La carne estaba cortada en trocitos y tenía pequeños palillos clavados para poder comerlos con la mano. Negué con la cabeza.

—No tengo hambre.

Hizo un gesto que no alcancé a descifrar y extendió la mano hacia un costado. —También traje esto —dijo, y me mostró una botella de vino.

Sonreí. —¡Genial! La que tenía sufrió un accidente —intenté bromear y me

sonrió.

Tomé la botella que me ofrecía y lo miré, pidiendo permiso. Asintió y bebí del pico, dándole un largo trago a su contenido.

Rio. —Despacio, o tendrás un dolor de cabeza terrible mañana —sugirió.

Me encogí de hombros. —Dudo que la cabeza pueda dolerme más que el corazón —respondí y tomé otro trago.

No me respondió. Tal vez, no había encontrado las palabras de consuelo justas, si es que las había, o tal vez había sentido tanta lástima por mí que prefirió permanecer callado. Daba igual de todas maneras.

Luego de varios segundos, volvió a hablar. —Esto está riquísimo —comentó, aun masticando.

Lo observé de costado. Parecía estar disfrutando de la comida. —Disfrútala, porque no voy a volver a cocinar eso nunca más —dije, terminante.

Se encogió de hombros. —Es una pena —parecía decepcionado.

—Es solo una estúpida carne al horno —dije, un poco molesta.

—No me refería a la comida —dijo, llevándose otro trozo de carne a la boca.

Lo miré confundida. Tragó. —Es una pena que permitas que algo te afecte tanto como para dejar de hacer algo en lo que realmente sos buena —dijo.

Tuve que contener el golpe en el estómago. Había sido directo y sincero… y tenía razón. Las lágrimas amenazaron con empañar mis ojos, pero me esforcé por esconderlas. —No es algo, sino alguien—dije, presionando los labios — y es la persona que se supone nunca me lastimaría de esta forma.

Asintió, asimilando las palabras. —Me gustaría decirte algo que te haga sentir mejor, pero soy un asco en esos temas —exclamó.

Sonreí. —No te preocupes, no hace falta que digas nada —Tomé aire —.Ya sé que apesto. Mi vida se acaba de caer frente a mí y no sé qué le voy a decir a mi hijo mañana cuando me pregunté por qué su padre ya no vive aquí.

Llevé ambas manos a mi pelo y acomodé los mechones detrás de mis orejas. No sabía porque estaba hablando de todo esto con una persona a

quien no conocía. Mi parte racional me decía que estaba perdiendo la cabeza, pero necesitaba desahogarme. Además, había algo en Alejo que me inspiraba confianza.

—No creo que apestes —dijo, con cuidado —. Solo creo que estás un poco aturdida, pero todo se va a ir acomodando de a poco, ya lo vas a ver. Y en cuanto a tu hijo… los niños son increíbles hoy en día, lo entenderá.

Lo miré curiosa. —¿Tenés hijos?

Se apresuró a negra. —Sobrinos, ¡muchos sobrinos! —exclamó riendo.

Reí con él. —Lamento la forma en que actué esta tarde. No debí acusarte de esa forma —suspiré.

Asintió. —No te preocupes por eso. Me pone feliz saber que mi hermana tiene amigas que la quieran tanto como para defenderla de esa forma.

Sonreí. —De todas maneras, no debí haber hecho tal suposición. Fue grosero de mi parte.

—Olvídalo. Además, soy yo quien debería agradecerte.

Lo miré con el ceño fruncido. — ¿Por?

Rió. —Me diste una buena excusa para despedir a mi acompañante. No sabía cómo hacerlo sin sonar poco caballero. Digamos que tu llegada fue muy, muy oportuna.

Arqueé una ceja. Un sentimiento extraño me golpeó en el estómago. Fue un poco decepcionante descubrir que Alejandro era un mujeriego, aunque lo suponía. Nadie tan caliente como él llevaría otro estilo de vida.

—No sabía que María tuviese un hermano —Decidí cambiar de tema —. Nunca te había mencionando.

Sonrió. —No somos hermanos de sangre en realidad, pero me gusta pensar que sí —Tomó aire—. Mi madre estuvo casada con su padre desde que yo tenía tres, y María nueve, hasta que cumplí los quince. Para cuando se divorciaron, ya éramos hermanos. El hecho de que nuestros padres ya no estuviesen juntos no cortó nuestra relación. Desde el primer día, ella me adoptó como su hermano pequeño y yo la quiero como tal —me explicó.

Sonreí, asintiendo. —Me hubiese gustado tener hermanos. O alguna hermana —dije —Ser hija única suele ser un poco solitario, por eso

siempre quise que Joaquín tuviese uno —mordí mi labio y dejé de hablar.

Sin poder evitarlo, recordé que algunos meses atrás le había sugerido a Marcelo la idea de buscar otro bebé. Por supuesto que no había creído que fuese buena idea.

—Estoy con demasiado trabajo en la empresa y no voy a poder disfrutar del bebé ni ayudarte. Acordate que paso mucho tiempo afuera y este año tengo varios viajes de negocios organizados —me había dicho.

En ese momento, había romantizado su respuesta, pero ahora me daba nauseas. Seguramente, ya se estaba acostando con su amante. Torcí un gesto de asco ante el recuerdo.

—Bueno, aun sos joven. Sé que lo que te voy a decir va a sonar trillado y, además, debe ser lo último que quisieras escuchar en este momento, pero algún día vas a rehacer tu vida y tener más hijos si es lo que deseas.

Torcí un gesto. —En este momento, lo único que deseo es a Marcelo lo atropelle un tren —Rió —. En fin —suspiré, resignada —, ¿ahora vives con María? —pregunté y pudo expresión horrorizada.

— ¡Dios no! —Se apresuró a decir —Solo estoy de paso mientras ella está afuera — Asentí. Alejo tomó aire y volvió a hablar —. Digamos que necesitaba escaparme por un tiempo y bueno, acá estoy —se encogió de hombros.

Su voz sonaba a tristeza. Por un momento, sentí que empatizábamos y que ambos estábamos en la misma sintonía. Levanté mis piernas, envolviéndolas con mis brazos. A pesar de que estábamos en verano, la noche se había vuelto un poco fresca.

—Será mejor que vuelvas adentro o te vas a enfermar —sugirió mirando la piel erizada de mis brazos.

Asentí. —Sí, supongo que es hora de enfrentar la realidad. Mi realidad a partir de ahora.

No dijo nada más. Apoyó su mano sobre mi hombro y le dio un pequeño apretón. Luego se levantó y se fue.

Observé su espalda irse para finalmente perderse en la oscuridad del patio. Giré la cabeza y contemplé la puerta. Parecía que un abismo se había interpuesto entre ella y yo. Mo quería entrar, pero tampoco era buena idea quedarme fuera toda la noche y pezcar un resfriado.

Suspiré hondo. Sería una larga noche.